

LOS OFICIOS DE LA TRANSPARENCIA

Diego José

Los oficios de la transparencia recibió en 2006 el XIII Premio Nacional de Poesía Enriqueta Ochoa.

A Rebeca

La transparencia es todo lo que queda
Octavio Paz

Cruzo un desierto y su secreta
desolación sin nombre.
José Ángel Valente

No conozco el desierto,
pero en sus márgenes broté como palabra...
Mahmud Darwix

Un verso que golpee como una piedra,
con toda dureza partiéndose;
un verso que duela en los límites de la fatiga,
que siga con dificultad
los pasos de otros versos
en una peregrinación sin rumbo;
un verso que cale los huesos,
que desgarré la voz al repetirlo;
pero eso sí,
un verso que termine en agua.

A caminar,
 me digo,
sobre la costra del lenguaje;
y me pongo a tallar, a hender
con la navaja de mis versos
el yermo curtido de las palabras.
Quiero trocear una muesca de luz,
deshebrar hasta lo imposible los hilos de la blancura.

Bendigo a mis pies que me soportan, a mis palabras
y a mis piernas porque me llevan sin reclamos,
firmes como un arco que se tensa cuando levanta el día
o en las bajas horas cuando la luz
se tiende como un ciervo
que mis pasos capturan.

Nada tan aciago como las horas
que requiebran el tronco endurecido.
El tedio lame los nervios cansados,
procura su alivio, pero inútilmente.

Un verso que me lleve a la raíz
rugosa de mi cuerpo,
a la sombra insondable de mi espejo,
por el páramo helado de mi sangre.
Un verso que altere la inercia,
que me conduzca lejos,
a los mares inciertos.
Aunque sé bien que no es allende
donde hallarme pueda,
—como dijo el latino—
puesto que todos
arrastramos nuestros oleajes
aunque nos parezca distinto el cielo.

Hay sed en las raíces,
y en este cuerpo
a punto de quebrarse
reconozco la sequía de los cerros.
No tengo palabras para beber,
voy rumbo al final de la tierra,
camino sobre el filo de la sed.

Ante mí se extiende la dorada lámina del silencio:
estas piedras que ves fueron palabras,
yo les pido que griten,
que renazcan de su espiral constreñida
y que me digan
qué clase de humanidad guardan sus entrañas.

La luz al fin es intocable transparencia,
ningún ser puede perpetrarla.
Son sus llamas una lanza de luz incierta
que lentamente se proclama.

Y me adentro en la página
como quien se posterga en el desierto.
Camino sobre un pellejo de tierra
como por un libro que cifra sus sentidos.
Mis pasos y mi voz,
mis músculos y mis palabras
me llevan por los vastos territorios del silencio.

Algunas palabras perduran enquistadas
propagando la cólera de su mutismo;
buscan, acechan, se asoman entre los lastres;
hurgan, se abren camino para resurgir
entre la ruina memorable
de los gritos, que debieron nacer
pero que yacieron en las arenas
fugitivas, donde se pulverizan
las pieles pretéritas de mi carne.

A caminar,
 me digo,
hacia la región del silencio
donde yace la piedra original
que florece cuando la sed la invoca
—si es sed lo que tu corazón alberga.

Para contemplar en el cuerpo
las horas del tedio reunidas,
no quedan grietas donde hundirse:
se necesita claridad.

Soy nada junto a la luz que hondamente me recibe,
claman mis ojos por su fiera transparencia
—el *Segador* corta mi vista como trigo.
Sed quizás o anhelo de ver lo que se desvanece.

Desde la tierra
se cuecen
largos silencios.

Me duele el camino en los ojos y en las piernas,
me duele la tardanza
y estos vanos intentos por llegar,
esta manera de alejarme de las cosas.
Me duelen praderas y pedregales,
y esta sed que me crece en la garganta
como un erial.

Poner a prueba
la sed en cada sílaba;
decir palabras como hambre,
rigor, desgarradura;
permanecer en la tierra
 —secándome—
y comprobar cuánto sol resiste la lengua.

Nada sabremos de la tierra
cuando nos cubra su desánimo
y ningún sol pueda enterrarse
para salvar una semilla.

A solas hablo:
en mi corazón he levantado una ermita.

Busco dentro de mí.

Desciendo.

Exploro en los huecos que abrieron
los garfios oxidados del pasado,
pero sólo encuentro los restos
conservados por la sal del olvido.

La sal detuvo el caudal en la desembocadura,
puso en evidencia su condición fugaz,
la corriente se olvidó de ser río,
el tiempo se tornó desierto,
la serpiente fijeza,
enigma, nada.
Después,
se hizo el silencio,
danzaron las arenas
como sierpes que se persiguen;
la memoria desaguó sus imágenes,
se liberaron las ataduras del tiempo,
y de nuevo todo comenzó a fluir como un río.

El río refleja la sombra de un zanate que a su vez es otra
sombra:

una negra lanza sobre la claridad del día,
ave y reflejo en paralela trayectoria.

Después,

lo que es volátil

asciende vertical

y lo que fue destello

se hunde en la transparencia

hasta que el agua lo transforma en líquida memoria

—también mi voz procura delinear su sombra,

alzar el vuelo, sumergirse en el vacío de la página.

El tiempo aquí produce ampollas
en el remanso de mis ojos
—ya nada convence a la luz
que se acumula entre mis párpados.

Un golpe rotundo en el corazón del árbol
hace llorar a las magnolias.
No te das cuenta, pero el tiempo
sellará con lacre las grietas de tus ojos.

A caminar,
 insisto.

Hacia dentro de mí,
en el horadado surco de mi coraje
donde los pájaros descienden
a robar el gusano de mi corazón.
Estoy abierto a la sed y al hartazgo,
en espera de que un girasol me sobreviva.

El sedimento de las horas
lo recojo —como si oro
descubrieran mis manos—,
pacientemente lo tamizo
hasta quedarme sólo
con el polvo lustral
del sol de aquellos días.

La noche innombrable agoniza
en el edén deteriorado
donde las rosas mancadas mueren
quedándose a tallo desnudo.

Si fuera posible lloverse
sobre la ociosa pesadez del valle,
así, de repente, deshacernos en agua.

Sin ser hombre de campo has aprendido
el seco ritmo de la estepa,
ya el sol te ofrece
con su mano de piedra
el agua templada del día,
y te abandonas a la música pausada
que tus pasos descubren en la arena,
sin saber a dónde, sin prisa ni cansancio,
como una cosa liviana
que se confunde con el polvo.

Tal vez, algún día caminaremos
por estos mismos prados,
pero donde hubo flores
perdurarán las alambradas,
huesos donde hubo rocas,
pero huesos que no renacerán.

Desde mi cuerpo escribo,
camino cuesta abajo
y es inevitable. Lo sé:
en el fondo se acusa,
el nudo ciego
que desamarra el tiempo.

Ojos para andar lo que resta del camino,
pies descalzos para en verdad sentir la tierra.

Ninguna palabra, ninguna roca,
la firme mudez que aprieta mis labios.

Ojos para ir a través del polvo,
puños que sirvan para sofocar el aire.

Volverse de pronto insignificante,
con la cabeza colmada de tiempo.

Súbita lluvia que observo desde el alero,
hemos andado sobre barro
largas horas húmedas.
Nadie habló ni alzó una plegaria.
Con la pereza de un rebaño
nos acercamos al refugio.
Alguien trajo vino y sirvió los vasos;
era tiempo para la holganza,
más que por sed celebramos el agua,
con los pies llagados, sí, pero satisfechos.
Muy adentro nuestro sentimos el verdor.

Todo acontece a ras de un íntimo silencio:
las horas aquietan su ritmo,
de golpe me descubro en el centro de todo
y soy de nuevo vulnerable.

Mi voz descubre la mañana
con su ceremoniosa danza,
envuelta en su caftán de pájaros
celebra los oficios de la transparencia
—la luz es su almuecín.
Zurean las palomas,
levanta el aire su polen dorado,
se desgañitan las gaviotas,
trepas el sol por la enredadera,
silban las golondrinas;
pero mi voz tarda en amanecer,
en colmar sus cántaros de agua viva,
en llenarse de transparencia.

Vine al final de la tierra para ver arder mi cansancio,
del sudor de aquellos días queda sólo ceniza.
El aire inflama la memoria de mis pasos,
desde aquí miro la densa superficie marina.
Atrás quedó el Camino,
la noche que la *Luna* suspendió su danza
se quema finalmente en esta lumbre.
Todo arde en el final de la tierra,
en este fuego, a pie del mar.

Y me pregunto:

¿Quién soy para exigirle a las palabras
la ternura de una magnolia,
la carne de una pera,
la llama de un gemido,
los éxtasis de un santo,
el ritual de los mirlos,
el furor de las buganvillas,
la sombra milenaria de los árboles?

¿Quién soy para arrancarle
un poco de luz a la transparencia?

Epílogo sobre el camino...

Veinte minutos para las seis de la mañana. El tren arriba a la ciudad de Burgos. Un viento helado clava sus uñas en mi rostro. A dónde ir, por dónde comenzar, si existe acaso un inicio. Dudo: soy frágil y temeroso. Coloco sobre mis hombros mi pesada mochila. ¿A qué cargar con lo innecesario? La luz aún es púrpura. Cruzo el río Arlanzón. Escucho el golpe pausado de las campanas, su tañido me guía. Camino por callejas que se precipitan una dentro de la otra. Subo una calzada y me encuentro con el pórtico de la magna catedral. Penetro en el recinto: la penumbra hincan en mi pecho sus colmillos. Una plegaria se arrastra sigilosa por las columnas y acuchilla el aire. Recuerdo el poema de San Juan de la Cruz, tan sólo para aquietar mi temor: «Entréme donde no supe». Desde muy adentro guardo silencio, acallando cualquier ruido que pudiera hacer mi pensamiento. Algún lego se me acerca para indagar por mi ventura.

—Voy a Santiago —mascullo con dificultad— pero no sé hacia dónde ir.

Me dice que camine hacia Tardajos como quien señala una dirección conocida. Después nada. Salgo a buscar las vieiras que indican el camino, en verdad dudo si éste es mi camino. ¿Hacia dónde? Una pareja de mujeres inglesas me enseña a mirar los signos modernos: flechas amarillas. Camino. La ciudad se va quedando atrás como un montículo abandonado en su sombra. Yo cada vez me adentro, me adentro en el campo por un sendero de eucaliptos.

Exhausto, después de horas de andar, con el sueño desvelado y un bocadillo de jamón en el estómago llego a Hornillos del camino. El pueblo es prácticamente una avenida con escasos hogares en las aceras. Hasta aquí han llegado las inglesas y otros hombres mayores, un puñado de peregrinos.

En el único bar del pueblo me sirven un plato de lentejas con papa —absolutamente reconfortante— y dejan en mi tabla una jarra de vino.

Duermo convencido en qué no podré caminar un kilómetro más. Pero sucede que, muy temprano, antes del amanecer estoy en pie y echo a andar bajo un chubasco liviano, sin impermeable y con los estragos de la jornada anterior.

La mañana alcanza el cenit, pero todavía llueve: siento un deseo de llorar y lloro porque no sé si pueda resistir el camino. Escucho campanada tras campanada pero no alcanzo a mirar el pueblo. Sigo caminando y las campanas acercan los aires del pueblo, pero nada; después de una colina y otra y otra más baja, de pronto, tejas y piedra: diviso Hontanas. Descanso un poco, bebo café con leche y azúcar. Continúo. El cielo empieza a abrirse regalándome un campo de girasoles que colman mi alma de amor. Escribo en mi pensamiento estos versos:

*Ella está siempre en el camino,
su pisada es tan suave
que lleva por bordón
un girasol.*

Sigo adelante, con la ropa húmeda y pesada. A lontananza miro las ruinas de un monasterio. Voy descubriendo las maravillas que me tiene reservado el camino, pero todavía temo que mi debilidad me haga desistir. Calles estrechas y antiguas reciben mis pasos, algunos habitantes sonríen piadosamente a los caminantes, hay un bodorrio en el centro del pueblo. Recuerdo a Machado:

*Hubo gaitas, tamboriles,
flauta, bandurria y vibuela.*

La gente celebra, la tarde declina. En Castrogeriz compro una chubasquera de plástico para próximas lluvias y un bordón de avellano —el dueño de la tienda me obsequia una insignia del caminante: la cruz de Santiago.

El encargado del refugio nos despierta con música sacra y café cuando aún está oscuro el día. Un nutrido grupo de peregrinos se prepara para comenzar la jornada.

Hay que ascender el Mostelares, primer puerto de montaña y andar el pedregoso camino hacia Fromista, en la provincia de Palencia, por donde las huellas de Carlomagno erigieron recintos románicos en la región. Cuando alcanzo la cima, un sol empieza a calentar mi espalda, miro hacia atrás y contemplo el azul, el lila y el rosado despertar del pueblo de Castrogeriz.

No llueve pero el terreno es duro, voy sin detenerme, percibo la ansiedad por llegar, pero llegar ¿a dónde? He mirado durante horas la estepa dorada. Los músculos me arden, siento en mis pies la quemazón de las ampollas, el pulso y el latir de mi fatiga. No hay remedio, debo caminar con el corazón en los pies. Reconozco la costra reseca de estos cerros, la sed calcinada de la tierra; miro cómo el aire hace temblar las espigas; me duelen los músculos, busco dentro mí una palabra, un verso; le pido a las piedras, a mis piernas y a mi alma que me respondan, que me hablen del dolor. Sólo un verso duro como una piedra podría expresar mi cansancio, mis dudas, mi temor.

Quiero cincelarme como a cantera.

Resistir.

Esto es el camino.

Diego José nació en la Ciudad de México en 1973. Su primer libro de poesía *Cantos para esparcir la semilla* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2000) le valió ese año el Premio de Poesía Carlos Pellicer para obra publicada, «reconocimiento que difícilmente obtiene poeta alguno de México con su ópera prima» (Juan Domingo Argüelles). Además es autor de los poemarios *Volverás al odio* (Ediciones La Rana, 2003 / XIV Premio de Poesía Efraín Huerta) y *Los oficios de la transparencia* (Libros del Umbral, 2007 / XIII Premio de Poesía Enriqueta Ochoa), así como de las novelas *El camino del té* (Random House Mondadori, 2005) y *Un cuerpo* (451 editores, 2008), y del volumen de ensayos *Nuevos salvajismos: la perversión civilizada* (CECUT, 2005 / Premio de Literatura Abigail Bohórquez en el género de ensayo).

La primera edición de *Los oficios de la transparencia*, fue publicada por Libros del Umbral y el Ayuntamiento de Torreón, en julio de 2007. Esta edición electrónica incluye: “Epílogo sobre el camino...”.